

Segismundo Terricabras

(Artista de pizarras)

He encontrado siempre de interés todas aquellas cosas que yo no sé hacer. Por ejemplo: encuentro difícilísimo hacer un perfecto huevo frito o una tortilla, porque nunca he tenido una sartén en la mano; encuentro difícil poner una llave de luz, porque tengo miedo a las sacudidas eléctricas, o bien arreglar un armario, una mesa, una silla, etc., etc. Las pequeñas reparaciones del hogar modesto, las cuales las esposas ven con tanto cariño, porque quisieran que sus maridos, etc., etc. Confieso avergonzado que no se han hecho para mí. Cada vez que he probado y he querido jugar con herramientas de verdad, he salido lastimado. Reconozco que esto hará reír por lo ingenuo, pero esa es la verdad.

Por estas circunstancias, pues, encuentro muy interesante (porque tampoco lo sabría hacer) dibujar una pizarra como lo hace Segismundo Terricabras, encargado oficial para ese trabajo en nuestro Club de Ritmo.

Conozco de él cuando escribía, al revés, los enormes vidrios del antiguo café y sociedad La Alhambra. En aquel entonces, la gente al ir al trabajo quedaba automáticamente parada delante de los vidrios y leía hasta la más pequeña nota, porque les atraía el colorido y la simetría de aquellas letras dibujadas al revés. Ni que decir tiene que esto da categoría a la sociedad que puede disponer de su servicio, ya que se comenta mucho este pequeño detalle de organización.

De las muchas pizarras esparcidas por nuestra ciudad, dibujadas con mal gusto, la de Club de Ritmo, situada en la esquina del Hotel Europa, es la mejor. Sin discusión. (Hago excepción a los vidrios del actual Centro Católico, donde se perfila la gracia ingenua de nuestro querido colaborador «Boni», según creo).

Terricabras sabe meter con mucha gracia a tal orquesta dentro de un corazón, a la otra que sale con furia de una hoja de calendario, y a las demás con impecables cortes caligráficos, completando estos detalles con unos dibujitos alegóricos a la festividad anunciada.

Comparto desde pequeño la amistad con Terricabras y siempre lo he visto igual. Me refiero a lo físico. No es un señor desconocido. De antiquísima familia granollerense, tiene su personalidad y regenta con su hermano uno de los más antiguos establecimientos de nuestra ciudad. Afable, cortés (muchas veces en exceso de cortesía), lo veréis todas las fiestas en nuestro Club, como el más ferviente incondicional.

Por todas las circunstancias antedichas he querido que sobresaliera en esta modesta tribuna, y no se crea un convenio de amistad o comercial, sino un simple rasgo de admiración hacia todo aquel que colabora con sus medios o inspiraciones, para engrandecer nuestro Club de Ritmo.

Le he hecho una pequeña visita en la discoteca del Club (su «estudio»), donde entre números de verdadero jazz, va trazando rasgos en la enorme pizarra. A las notas de Harry James, nuestro interlocutor hace una pausa para decirnos que «este le va bien»

—Le felicito por las pizarras que pinta. ¿Lleva Vd. anotadas todas las que ha pintado?

—Acepto tu invitación y felicitación, que no merezco. Referente al número de pizarras que he pintado, te diré que lo hago desde el año 1943 y puedes sumar unas 360. ¿No está mal, verdad?

—Caramba, esto haría un excelente catálogo.

—Cuando voy a pintar la pizarra, me anima el deseo de lucirme con la idea que atraiga al público, aunque a veces con la misma voluntad se está más o menos acertado.

—¿El haber anotado tantas orquestas debe haberle convertido en un acérrimo aficionado musical?

—Aunque he anotado y oído un sin fin de orquestas, no ha producido en mí ningún cambio en mi afición. Me he deleitado siempre con la música de mi agrado sin límite de géneros.

—Perfectamente. ¿Le gusta, pues, la música de jazz?

—Esta como las demás tiene sus categorías. Me gustan un sin fin de bailables; sobre todo los melódicos, ya sean de conjunto, a cuerda o con bandoneón. (Lástima que nuestros conjuntos no lo posean). En cambio no acepto los números estridentes que no van muy bien, que digamos, a los que pasamos de los cuarenta...

—Sí, naturalmente, «de los cuarenta para arriba...» ¿Así de nuestra discoteca? ..

—La considero un acierto que enaltece nuestro Club. Me encuentro muy bien allí, cuando tocan discos de su notable colección. De entre ellos prefiero: «Mi mayor error», por Duke Ellington; «Por fin» por Glenn Miller; «Más hierba en el fuego», por los Mills Brothers y con preferencia «El vuelo del moscardón», por Harry James, que me placearía interpretase algún día un trompeta de «casa».

—A lo mejor no lo sabía, pero Antonio Busquets, de «casa», ya lo ha interpretado muchas veces, pero no «en casa», que yo sepa.. Y volviendo al pincel ¿tiene Vd. alguna remuneración por ello?

—Nunca he pensado en remuneración alguna; tomo como obligación mi cometido. «Trabajo» tan bien como puedo y por simpatía al Club.

—En las festividades debe estar a sus anchas...

—No cabe duda que en fiestas señaladas la pizarra tiene otro tanto y gozo apretujando todos los más pequeños detalles, en preferencia los conciertos de música seria, que son esperados por lo poco que oímos de ellos.

—¿Hace Vd. algún croquis de las mismas?

—Generalmente cuando tomo el pincel no tengo la mejor idea de lo que voy a pintar. Por lo tanto, musicalmente hablando, «improviso» y sale cómo sale. Raras veces he copiado...

—¿Y como último?

—Pues lo hago porque siempre he tenido afición a la pintura de adorno, resultando para mí una agradable diversión, creyéndome recompensado al saber que siempre ha sido del agrado de las Juntas Directivas y socios del Club, que en ninguna ocasión me han indicado una línea a seguir, habiendo hecho siempre, y con plena independencia, lo que me ha parecido. Por lo tanto, amigo «Gene» puedes dar mis gracias a todos, que de todos estoy muy satisfecho, al igual que de ti, por esta atención inmerecida, que te agradezco...

—¡Muchas gracias!...

.. Pero salí con el abrigo lleno de colorines.